

UNIVERSIDAD, CRISIS Y CAMBIO

Por EDUARDO J. ZULETA R.*

Antes que cualquier otro propósito, quiero expresar abiertamente mi infinito agradecimiento al Dr. Guillermo Morón y a los demás organizadores de este sencillo pero noble acto, por la generosidad demostrada al permitirme estar bajo el cobijo de este augusto recinto en el cual se resguarda celosamente la memoria de nuestra accidentada historia como país, para presentar mi libro intitulado “Una Docencia Enjuiciada: La Docencia Superior”, y en momento tan singular para la vida nacional en general y universitaria en particular. Presentación para la cual creo necesario librarme de cualquier pretensión ritualista que me obligue a asumir el papel que no sé aún asumir, como el de conferencista, y menos en relación a la obra naciente, cuando lo más apropiado es realizar un juego de reflexiones en voz alta sobre algunos aspectos caracterizadores de la crisis actual, que atenta contra el hoy y el mañana de nuestras universidades. Pero no sólo para caerle a golpes de mandarina a una realidad que, tanto los de adentro como los de afuera, hemos convertido en un universo insano, sino, principalmente, luego de romper la costra de las partes necrotizadas, “extraer del fondo del flujo purulento, pestilente, la luz de una sonrisa, la punta de un lucero, el pedacito de sol de una nueva aurora”, según palabras y sentimientos del Dr. J. F. Reyes Baena. Por tanto, deseo que se tome mi modesta participación como una opinión más dentro del gran diálogo que tenemos que asumir, en el tiempo más perentorio, los que hacemos vivir a la universidad con nuestros actos vitales diarios de mayor rigor intelectual, ético y político, y no como una disertación académica con afirmaciones plenamente elaboradas y definitivas.

Esforzándome para superar la magna verdad de Frank Kafka de que “la vida es de los que escuchan”, a la cual atrevidamente le agregaría: y de los que preguntan, más de los que sólo se dedican a hablar respondiendo todos los interrogantes con mentiras, medias verdades y eufemismos, comienzo precisando la protesta de que, a partir de las horas nuevas del día 4 de febrero del año bisiesto 1992, las cosas no pueden seguir siendo lo que hasta ahora han sido en la Patria del más grande hombre de América, Simón Bolívar. La universidad venezolana, como todo el país, se encuentra afectada por una penosa situación. El rasgo más elocuente de esta situación actual lo constituye el sometimiento de la universidad a un andar

* Palabras pronunciadas el 14 de mayo de 1992, en el Salón de Sesiones de la Academia Nacional de la Historia, en el Palacio de las Academias, con motivo de la presentación de su libro *Una docencia enjuiciada: La docencia superior*.

sin rumbo claro y fijo, aislada o ajena a los principales proyectos de desarrollo y de transformación de la totalidad social, puesta en contradicción consigo misma en virtud de su desnaturalización en la búsqueda, realización y logro de sus elevados fines y objetivos. En la universidad se impone, por la fuerza de los hechos, un cambio que debe ser resultado de un proceso dinámico y participativo que gestee planes específicos y estructuras nuevas que apunten a superar la realidad universitaria imperante. De aquí surge la necesidad de estimular una actitud crítica que, al desenvolverse en forma dialéctica y no dilemática, arroje como resultado un juicio firme dentro del "laberinto de las contradicciones" entre un "ser" y un "deber ser". Dicho en otras palabras, es un imperativo categórico propender al desarrollo de un juicio que contraste, bajo el fáustico poder de la capacidad inventiva, la situación existente en las universidades con un ideal de universidad que se pretende instaurar para sustituir en lo concreto todo lo obsoleto que se aparte ostensiblemente del paradigma o modelo teórico aspirado. Por tanto, cabe preguntarse para responder con la responsable actitud de ponderación que corresponde a todo docente universitario verdadero, ¿qué debe hacer la Universidad?, ¿ser espectadora pasiva de lo que ocurre dentro y alrededor de ella y seguir operando rutinariamente no más allá de sus aulas y laboratorios?, o, por el contrario, ¿participar militantemente en el proceso de reforma necesario y suficiente?

Sin que sea imprescindible que compartan en su totalidad mis juicios afirmo que, salvo algunas excepciones, la universidad venezolana responde escasamente al desarrollo mantenido y creciente de la sociedad a la cual se debe. Nuestra Universidad, al no asumir efectivamente su compromiso con los intereses superiores de la formación social en que existe, se agota en el esfuerzo de formar una pequeña "élite oligárquica" de profesionales que el medio no demanda prioritariamente. A guisa de confirmación de esta realidad que funciona paradójicamente, como ese mundo de "las consecuencias de todo lo que está pasando", está la denuncia que hacen los miembros del Centro de Entrenamiento Petrolero y Petroquímico (CEPET), cuando sostienen que "en realidad la industria petrolera y petroquímica venezolana requerirá 4.038 profesionales en los cinco próximos años, de los cuales 829 deberán ser ingenieros petroleros". Para concluir con la angustiada afirmación de que "es preocupante saber que, según cálculos técnicos, en los cinco próximos años nuestras universidades graduarán 18.246 profesionales, de los cuales sólo el 2 por ciento (365) serán ingenieros petroleros" (EL UNIVERSAL, 17 de marzo de 1992). Por tanto, cabe preguntarse, sin dejos de pesimismo obstinado, ¿puede un país como Venezuela superar sus ingentes problemas económico-sociales y político-culturales e impulsar un proyecto de desarrollo si la universidad sólo contribuye con titular más que graduar profesionales liberales?

Esta relación o ratio profesional liberal/profesional técnico es uno de los indicadores más importantes para determinar el grado de adecuación o de pertinencia de la universidad con las exigencias y niveles de desarrollo (y no sólo de crecimiento) del país. Aparece así evidente la necesidad de que las instituciones que constituyen el subsistema de educación superior hagan el esfuerzo requerido para superar tal anomalía, a través de una "Revisión Curricular" que examine concienzudamente sus planes y programas de estudio (los currícula), para adecuarlos a las demandas sociales superiores, al coordinarlos con los ofrecidos por otras insti-

tuciones de formación y al adaptarlos a los nuevos sistemas de enseñanza/aprendizaje y de evaluación instruccional y curricular.

Mantener una estructura académica anacrónica implicaría condenar a la universidad a que abandone la misión de lograr el maridaje entre la ciencia, la técnica y el arte con las necesidades de superación del país. De ahí que la sometamos a seguir siendo, dentro de la prórroga de los aciagos tiempos actuales, una mala “fábrica de profesionales”, quienes no podrán ejercer cabalmente sus funciones y que sí pasarán a engrosar el contingente de los que se diluyen en su propia negación: el “proletariado profesional o borlado”.

Otro mal de la universidad venezolana lo constituye el no lograr precisar y establecer una política para la investigación científico-tecnológica. En la mayoría de los casos este mal tiene su génesis en el hecho de haber sido creadas con la seca levadura del modelo francés de las “Grandes Escuelas”, para el cual la función investigativa no tiene la altiva y rotunda importancia que tienen las restantes funciones de docencia y extensión.

A la universidad venezolana le corresponde sin más demora producir una acción regeneradora que recobre para la investigación su importancia inalienable en el rico catálogo de las prioridades académicas. Para ello, la investigación debe procurar, por una parte, una adaptación, modificación y ampliación de la tecnología que la ciencia de los países dominantes producen y transfieren. Y, por la otra, de frente a la alternativa de una utopía posible, la puesta en práctica de un proceso de creación científica y tecnológica autónomo, como *conditio sine qua non* para contribuir en el logro de los objetivos políticos, económicos y sociales presentes en todo proyecto que pretenda “desfacer entuertos” en procura del desarrollo independiente, armónico e integral del país.

No es menos alarmante la situación en lo que tiene que ver con la función de extensión que debe cumplir la universidad. El reconocimiento sin vacilaciones de la existencia de un tibio compromiso Universidad-Sociedad Global, que arroja a la universidad a una suerte de autoconfinamiento que le niega la posibilidad de empaparse de la realidad social-natural circundante, implica repensar la función de extensión como una *sinapsis* activa que aumente la influencia de la universidad sobre la sociedad y devenga en un factor importante en la aceleración del proceso de cambio necesario. Ello, mediante la recuperación de su hoy maltratada capacidad crítica frente a los acontecimientos más trascendentes de la vida nacional, inspirada por la reflexión y el conocimiento certero y profundo de la áspera realidad reinante. Situación ésta que recuperaría para la universidad su fuerza intelectual ética de opinión, elaborada desde su quehacer propio, que le permitiría participar de manera distinta y original en el actual desafinado concierto de opiniones del país. Con lo cual la universidad generará vida propia, vigorosa e independiente, y su autonomía será salvada de seguir siendo una mera fachada sin contenido especial.

No están mejor nuestras universidades en lo que constituye el tema-problema objeto de estudio de mi modesto “escrito mayor” que a manera de monografía presento en esta inolvidable ocasión desde la postura del más humilde de sus *tratadistas*. Me refiero a lo concerniente al asunto de la formación general y profesional de nuestros estudiantes universitarios y al pedagogismo reinante en la relación

vincular del par docente-alumno en este nivel de educación formal. Al respecto, podría sostener, sin sombras de dudas, que el mayor defecto está en que se atiende más el aspecto informativo que el relativo a la formación integral y armónica del estudiante para enfrentar exitosamente situaciones vitales novedosas. En la mayoría de los casos existe en el ánimo de los “dadores de clases” (más no docentes) la absurda pretensión de convertir el cerebro del alumno en una “Biblioteca Vieja” ya apolillada en donde almacene el mayor número posible de fechas, lugares, estadísticas, clasificaciones, demostraciones, opiniones (alejandrismos o escolasticismo de antiguallas), para que luego sean recordados y recitados en el momento del “examen inquisitorial”. Esto, que se refiere a la formación general, conlleva a que la universidad haga funcionar a la información mosaico pre-elaborada como ripio del espíritu y dé como resultado lo que Risieri Frondizi califica como un “profesional inculto porque sabe muchas cosas”. Y que hará repetir impenitentemente a los pocos verdaderos graduados y no a los muchos meramente titulados, después de abandonar las “jaulas universitarias”, la cáustica pregunta que formulaba Elliot: ¿Dónde está la sabiduría que perdimos con el conocimiento?

La clave de lo que se aspira, en cuanto al aspecto en reflexión, se encuentra en el propósito andragógico de facultar a los estudiantes, como jóvenes adultos o adultos jóvenes que son, para que se formen como hombres capaces de aprender a aprender, a desaprender y a reaprender, y, de esta manera, conquistar la madurez requerida que les permita acrecentar sus potencialidades, dentro del marco de una concepción sólida y objetiva del mundo (entiéndase sobre la naturaleza, la sociedad y el conocimiento), y el de una mentalidad social que evite que se les enseñoree como el arquetipo humano el frío y competidor tecnócrata o “manobrero especializado”.

Para paliar la gravedad de lo que acontece en este aspecto del devenir académico universitario, se pone de manifiesto la urgencia de producir cambios en los objetivos educativos e instruccionales, los contenidos, los métodos de aprendizaje y la evaluación. Todo para que la universidad persevere en el propósito de crear una capacidad transformadora, un espíritu crítico y una imaginación creadora, en los dos agentes fundamentales de toda relación o encuentro vincular de enseñanza-aprendizaje, los alumnos y los docentes.

No obstante, muy a pesar de estas realidades inocultables, que como vientos tormentosos se arremolinan sobre las universidades desde hace algunos años, no prohíjo dudas en cuanto a que ya son muchos los brazos que decididos se levantan para entretorse en el compromiso ineludible de poner en movimiento el pesado péndulo que mueve las saetas de los nuevos tiempos en los que la universidad venezolana se reencontrará con su condición de institución guía y rectora de la creación, de la imaginación, de la inteligencia y de la cultura del país. Y, de esta manera, sobre la base de una gran pureza de principios académicos, políticos, éticos y morales, la universidad vencerá la sombra de lo que actualmente representa la antiuniversidad.

Señoras y Señores:

Pidiendo disculpas a todos sin excepción por haber incurrido en el despropósito de haber faltado a la norma de la brevedad en el discurso para ocasiones

como ésta, me propongo para finalizar, en primer lugar, expresar mis votos de agradecimiento perpetuo al “Maestro de Maestros” Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa, por haber reservado dorados minutos de su aquilatado tiempo personal para atender con amplitud y esplendidez insospechadas mi solicitud de fungir como “Padrino Académico” del libro que estamos presentando. Hecho éste que me llena de indescifrable orgullo porque reconozco en él, como lo hizo el ya citado Reyes Baena en el maestro militante Jesualdo, al verdadero “Maestro Líder” que ha sabido conjugar en su magnificante y magnánimo ser el principio cartesiano según el cual: “Enseño, luego existo. Existo, luego escribo. Escribo, luego actúo. Actúo, luego sirvo”. Por ello, gracias Maestro Rodriguiano Prieto Figueroa por hacerme titular de una deuda de agradecimiento tan noble por el honor que usted me ha concedido. Y, en segundo lugar, poder asumir temeroso aquí y ahora el momento de decirles adiós a estas ideas recogidas en hojas de papel hasta ayer vírgenes, al entregarlas a los lectores especialistas o no como dueños definitivos de las mismas ya que, evocando a Fernando Pessoa, “las escribí y debo enseñarlas a todos, porque no puedo hacer lo contrario, como la flor no puede ocultar su color, ni el río ocultar que corre, ni el árbol que da frutos”. Así queda abierto infinitamente el momento estelar del lector. La palabra desde ahora es vuestra.

Gracias.